

PAULA HAWKINS

# PUNTO CIEGO

Traducción de Aleix Montoto

 Planeta

Primera parte

JULIO

Jake Pritchard estaba muerto.

Su cuerpo, todavía caliente, yacía en el suelo justo en el espacio en el que la cocina americana se encontraba con el salón, y un halo de espesa sangre rodeaba su cráneo destrozado. Todavía estaba caliente, pero definitivamente había fallecido.

Ryan Pearce se arrodilló en el pegajoso fluido que rezumaban las terribles heridas de Jake. Tenía el móvil en la mano derecha. En la izquierda, sostenía un pesado objeto de cristal manchado de sangre.

Ryan seguía ahí arrodillado, temblando y con el rostro lívido, cuando los técnicos de emergencias sanitarias irrumpieron por la puerta principal. Los técnicos rápidamente se dieron cuenta de que ya no se podía hacer nada

por el hombre del suelo, el hombre con los ojos vidriosos y la cabeza abierta. Volvieron la atención hacia Ryan.

¿Estaba herido?, le preguntaban. ¿Qué diablos había pasado? ¿Cuándo había llegado? ¿Qué había visto, qué había oído? ¿Había estado alguien más en la casa? Ryan negó con la cabeza ante las preguntas de los paramédicos, pero no dijo nada. Parecía incapaz de hablar, incapaz de asimilar lo que estaba sucediéndole.

Los técnicos de emergencias se dirigían a él en voz baja. Con mucho cuidado, uno de ellos lo ayudó a ponerse de pie mientras le quitaba el objeto de cristal que sostenía en la mano izquierda para meterlo en una bolsa de plástico. El técnico reparó en que llevaba un texto grabado en la base:

JAKE PRITCHARD,  
MEJOR GUIONISTA NOVEL, 2012

—¿Es él? —le preguntó el técnico a Ryan—. ¿Es este hombre Jake Pritchard?

Ryan asintió con la cabeza.

—¿Puede decirnos algo sobre él? ¿De qué lo conocía?

Al fin Ryan habló.

—Nunca he tenido intención alguna de hacerle daño —tartamudeó. Le castañeaban los dientes—. Jamás se me ocurriría hacer algo semejante. Es mi mejor amigo. Es mi hermano.

Edie había vuelto a quedarse dormida.

A juzgar por el ángulo de la luz que entraba en el salón, así como por la profunda tranquilidad del apartamento, debían de ser las nueve pasadas. Menudo lujo remolonear en el amplio y cómodo sofá de Ryan. Menudo placer dormir como lo había hecho, sin sueños ni interrupciones.

Ahí, en el pequeño pero bonito apartamento de una habitación de Ryan, Edie se dormía por las noches arrullada por el ruido de la ciudad: adolescentes riendo y borrachos gritando, sirenas en la distancia y el relajante runrún de los coches en la calle adoquinada. Los ruidos de la comunidad. Nada que ver con la soledad de la casa del acantilado, con su silencio absoluto a excepción de los torturados chillidos de las gaviotas y del incesante rumor de las

olas rompiendo en las rocas. Le daba vergüenza admitirlo: dormía mejor en el sofá de Ryan que en su propia cama de matrimonio.

Tras salir de la bolsa de dormir, Edie se dirigió a la cocina y metió una cápsula en la cafetera. Por la ventana podía ver las copas de las hayas del jardín que había frente al parque y la colina Arthur's Seat, que se elevaba por detrás. El corazón le daba un pequeño vuelco siempre que se encontraba allí, rodeada de belleza y lujo. Estaba a años luz de su desvencijada casa del acantilado, de sus preocupaciones monetarias, de la catástrofe a cámara lenta que era su matrimonio.

De vuelta en el sofá del salón con una taza de café en la mano, Edie consultó su móvil. No había recibido ninguna llamada de Jake, ni tampoco ningún mensaje. No había sabido nada de él desde hacía más de cuarenta y ocho horas. Ese silencio era inusual, pero —cayó en la cuenta Edie con una punzada de culpabilidad— también bienvenido. Últimamente habían hablado demasiado.

Se tomó el café y, cuando estaba de camino al cuarto de baño para darse una ducha, sonó el interfono. Sería Ryan regresando de su carrera matutina, supuso ella. Debía de haberse

olvidado las llaves. Presionó el botón para abrir la puerta de la calle y salió del apartamento para recibirlo.

—¡Qué rápido! —exclamó por la escalera, esperando que por ella apareciera Ryan. Pero no fue él quien lo hizo, sino otra persona. Dos, en realidad. Ambas iban ataviadas con el uniforme de la policía y lucían una expresión sombría.

A Edie se le aceleró el pulso.

—¿Qué sucede? —preguntó, extendiendo una mano para apoyarse en el marco de la puerta.

—Un incidente —le contestaron—. En la casa del acantilado.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber. Tenía una sensación nauseabunda, como si algo escurridizo estuviera removiéndose en su estómago—. ¿Ha habido una pelea?

Los policías se miraron entre sí, sorprendidos por su reacción.

La llevaron adentro y cerraron la puerta tras de sí. Hicieron que se sentara en el sofá y permanecieron de pie frente a ella mientras le explicaban por qué estaban ahí. Su marido, le dijeron, había sido atacado en su casa. Había sufrido graves heridas en la cabeza. A pesar de los esfuerzos



que habían hecho, los técnicos de emergencias sanitarias no habían podido salvarlo. Lo habían declarado muerto ahí mismo. Todavía no estaba claro qué había ocurrido, pero parecía que se trataba de un robo que había acabado mal.

Durante unos instantes Edie no dijo nada. Se limitó a escuchar el sonido de las voces mientras esperaba despertarse de un momento a otro. Se clavó las uñas en las palmas de las manos, se pellizcó la piel del dorso, pero los policías seguían ahí. No se incorporó de golpe, muerta de miedo al despertar de una pesadilla. No estaba soñando. Aquello era real. Aquello estaba sucediendo.

—¿Dónde está Ryan? —preguntó Edie cuando al fin volvió a encontrar su voz—. ¿Qué le ha pasado a Ryan?

Los policías intercambiaron otra de sus miradas.

—¿Ryan Pearce? —dijo uno de ellos al tiempo que una profunda arruga se formaba en su ceño—. Está en comisaría. Prestando declaración. Él es quien ha encontrado el..., quien ha encontrado al señor Pritchard. Es quien ha llamado a emergencias.

—Entonces ¿está bien? —inquirió Edie—. ¿Ryan está bien?